

El último rey de Polonia

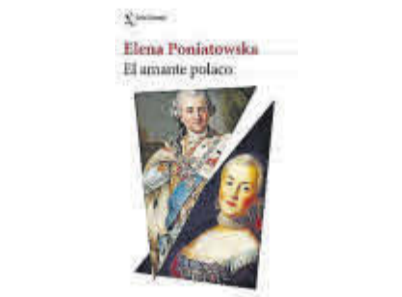
Elena Poniatowska centra «El amante polaco» en la figura histórica de su antepasado Stanislaw Poniatowski

M. S. Suárez Lafuente

Elena Poniatowska, escritora mexicana, nacida en Francia y de ascendencia polaca aristocrática, tenía ya 89 años cuando su novela «El amante polaco» fue publicada en México en 2021. La autora explica cómo a una edad ya avanzada quiso saber más de su genealogía paterna, hizo acopio de la poca bibliografía existente y del archivo memorístico familiar y computó esta obra magna, que arroja luz sobre Polonia, sobre sí misma y sobre la Europa de finales del siglo XVIII.

Poniatowska centra su novela en la figura histórica de su antepasado Stanislaw Poniatowski, último rey de Polonia. Las 900 páginas del libro se dividen en cincuenta y siete capítulos breves, cada uno precedido de un dibujo alusivo al tema del capítulo, así como un título que condensa el contenido y va configurando la vida de Stanislaw. Paralelamente, en cada capítulo, la autora dedica varias páginas a recordar su propia vida, desde su niñez en París. Esta semblanza autobiográfica es un regalo literario, un compendio único de una vida larga, rica y cargada de reflexión.

Las novelas de Elena Poniatowska presentan siempre una fusión de crónica histórica, vida cotidiana, sentimientos y pura ficción: una «casa de cuartos añadidos sin diseño alguno». En esta obra sentimos que llegamos a conocer a los seres humanos que se



El amante polaco

Elena Poniatowska

Seix Barral

904 páginas

24,90 euros

debaten detrás de las máscaras de rey de Polonia y de escritora de éxito, a la vez que nos sorprendemos con los entresijos de la política europea del siglo XVIII y con la sociedad mexicana del siglo XX.

No puede hablarse de un paralelismo entre ambos siglos ni entre ambos mundos, pero la percepción que Stanislaw y Elena tienen de sus respectivas sociedades puede transferirse de uno a otro. Los excesos de la nobleza, los ardides de la política o las diferencias abismales entre pobres y ricos permanecen casi inmutables a través de los siglos. Igual sucede con aquellas preguntas esenciales que merecen una reflexión personalizada y

universal, como: «¿Qué se hace con la vida? ¿Qué voy a hacer con la mía?», «¿Hacia dónde corro tan ilusionada y tan sin aliento? ¿A qué liberación nacional voy a adherirme?»; o con el hecho de que quienes ostentan el poder «no se preguntan jamás por qué los demás carecen de derechos cuando ellos los tienen todos». Stanislaw lo pensaba allá por 1750, Elena lo recoge de boca de una madre mexicana en 2014: «Nosotros los pobres no les importamos a los que imparten justicia [...] Como no tenemos recursos, no existimos».

El joven Stanislaw y dos siglos después la joven Elena, que habían apurado las oportunidades que se les ofrecieron para obtener una esmerada educación, experimentan las contradicciones a que les empujan los avatares de la vida. Ambos participan de un mundo rico intelectualmente y se codean con las personas más significativas de su época, pero eso no les exime de equivocarse y de sufrir por ello, si bien, asimismo, disfrutan de sus privilegios.

«El amante polaco» detalla la historia que lleva a las particiones de Polonia, las fluctuantes relaciones entre las potencias del momento y el papel de Rusia y Turquía en el equilibrio inestable de fuerzas del mapa occidental. Poniatowski fue amante de Catalina la Grande, que le aupó al trono de Polonia en 1764, cuando él contaba 32 años de edad. A pesar del apo-

Elena Poniatowska. | Efe



yo de Rusia, de su preparación intelectual y de la mejora sustancial que llevó a cabo en el país en lo social y cultural, Stanislaw II, a quien no le gustaba la guerra, no pudo o no supo evitar la desaparición de su nación en un tercer reparto del territorio en 1795 entre Rusia, Prusia y Austria, cuando Polonia «se suprimió de todos los mapas y quedó prohibido pronunciar su nombre».

Pero, aunque Elena Poniatowska, rodeada ahora de sus nietas, diga que «el pasado se lo lleva el viento», nos comunica con su obra que, siempre, parte del pasado permanece en el presente, se adapta y se proyecta hacia ese futuro que será el presente de quienes nos siguen.

Rompiendo la cuarta pared

Graeme Macrae Burnet recurre a un juego metaliterario para construir «Caso clínico», un «thriller» complejo y reflexivo

Marta Marne

En el prólogo de «Caso clínico», Graeme Macrae Burnet relata cómo llegó a sus manos la historia que vamos a encontrar en este libro. En 2019 recibe un correo electrónico de un tal Martin Grey contándole que obraban en su poder varios cuadernos manuscritos por su prima. En los diarios podría hallar una serie de acusaciones hacia el psicoterapeuta Collins Braithwaite, personaje sobre el que Burnet había escrito en el pasado.

Macrae Burnet lee los cinco cuadernos del tirón en un día: los testimonios que se narran en ellos son absorbentes. Pero le falta alguna prueba que demuestre que esas memorias son verdaderas. ¿Y si es todo una fábula de

Martin Grey? Aunque, bien pensado, ¿qué importa que la información que contienen sea verídica para crear con ella una obra de ficción? Así que, de un modo u otro, Macrae Burnet se lanza a la escritura de «Caso clínico» con los datos que posee.

Al igual que sucedía en su primera novela, «La desaparición de Adèle Bedeau» (2013), descubrimos de nuevo un planteamiento de muñecas rusas en el que el lector debe aceptar el juego con el objeto de adentrarse en la narración. Si la información volcada en el prólogo es cierta o no, es irrelevante para la lectura del libro. Aunque es verdad que no nos desprenderemos nunca de la duda constante acerca de si lo que estamos leyendo ocurrió en realidad y, gracias a ella, mantendremos

Caso clínico

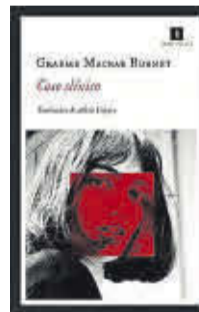
Graeme Macrae Burnet

Traducción de Alicia Frieyro

Impedimenta

352 páginas

23,95 euros



el interés por la trama en todo lo alto.

Rebeca Smyth –con i griega, como bien se dedica a puntualizar cada vez que se presenta– es un personaje de ficción creado por la autora de los diarios que Macrae Burnet transcribe aquí. Desconocemos quién se esconde detrás de este apodo, aunque conocemos los motivos de su elección (Daphne du Maurier y su novela «Rebeca» son nombradas y además resultan más que evidentes). Rebeca escoge un nombre diferente al suyo para asistir a la consulta de Braithwaite. Quiere comprender las razones que impulsaron a su hermana a suicidarse tirándose a las vías del tren tras al-

gunas sesiones con el psicoterapeuta. Está convencida de que fue coaccionada o sugestionada, ya que Verónica no era el tipo de mujer que acabaría con su vida.

La historia en primera persona de Rebeca será alternada con la biografía en tercera de Collins Braithwaite. De este modo, se busca contrarrestar el recurso del narrador poco fiable porque la duda sobre el personaje de Rebeca es constante. Ella trata de crear una personalidad alejada de la suya, mucho más despreocupada, desenvuelta y atrevida. Sin embargo, en las sesiones con Braithwaite se vuelan una y otra vez recuerdos reales de su infancia. ¿O son fruto de su imaginación? ¿Un psicoterapeuta debería percibir esos engaños, o su diagnóstico debe fiarse de la imagen que proyectamos? Todo ello sirve para que cuestionemos la ficción dentro de la ficción. El autor tensa los límites del engaño hasta hacernos dudar a cada página y demuele la cuarta pared: rompe el pacto ficcional y nos muestra los hilos de la marioneta. Para aquellos que disfrutan de juegos metaliterarios, esta obra es un divertimento. Pero si no quieres que tu *statu quo* sea cuestionado, no te acerques a este libro.